

R. OBLIGADO — C. OYUELA

— 33 —

# JUSTA LITERARIA

CON

UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

CARLOS GUIDO Y SPANO

---

BUENOS AIRES

Imp. de M. BIEDMA, Belgrano 133 a 139

1883



Buenos Aires, Marzo 25 de 1899.

*Sres. Rafael Obligado y Galisto Oyuela.* \*

**AMIGOS:**

Cuentan viejos libros que Sócrates, en vísperas de recibir como discípulo á Platon, soñó que un cisne venía á posarse en su seno. Yo que vivo montaña de por medio con la sabiduría, no he soñado nada; lo cual no ha impedido que dos pájaros canoros y de cuenta, se me viniesen encima á acariciarme con sus alas. Es sumamente lisonjero.

¡ Oh aves desocupadas y gárrulas, de libre y gentil vuelo, nacidas puede decirse en el mismo espinillo, aunque prefiera la una hacer su nido en el chapitel de alguna columna jónica ó corintia, y la otra en el

\* Véase el apéndice.

---

alero de cualquier rancho de las islas cubierto de *biricuyá* y *alverjilla*; amables calandrias que cantais á la aurora, ya que habeis venido á visitarme á los primeros fríos de mi invierno, despues de saludos gozoso, seguid alegres vuestra ascension aérea; encontrad fruta deliciosa que picotear en los verjeles del tránsito; y pueda yo escuchar agazapado en la enramada vuestros gorjeos matinales, repitiendo los votos del excelso agustino español:

Despiértenme las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido,  
No los cuidados graves  
De que es siempre seguido  
El que al ageno arbitrio está atenido.

Metáforas y reminiscencias poéticas aparte, hermanos en Cristo (no quiero decir en las Musas por no desobligar á Obligado), he recibido vuestra carta y los versos á que ella se refiere. Son bellos y armoniosos. Aunque lo sepais, es grato repetirlo. Esos tercetos remozados y frescos, me producen el efecto de una salvilla de plata macisa del tiempo de la *Vireyna vieja*, llena de mosquetas y jazmines recogidos en alguna quinta de Belgrano.

¡Qué diría Leonardo y Lupercio de Argensola; qué el fiero Dante, al ver el molde severo de sus pensamientos, sirviendo á los caprichos ingeniosos de nuestros poetas porteños! Les parecería algo de profano, así como si se sirviese en un banquete *Chateau Cordero* en los copones de la catedral. Pero pesia á aquellas grandes sombras, resulta que el terceto sirve para todo, hasta para condenar el clasicismo. De repente se ha de iluminar el Escorial con luz eléctrica! ¡Qué tiempos! . . .

Dejándonos de reflexiones melindrosas ¿sabeis amigos, que el haberme llamado maestro, si obliga mi gratitud, me llena de rubor? ¡Maestro yo, que tanto hubiera necesitado aprender! Llamadme ántes compañero afectuoso y quedareis cumplidos. Anda por ahí un fénix ya calvo de las letras, redomado admirador de sí mismo, que afirma no sé nada, bajo la fé de su sapiencia. A verdad tan pelada no hay respuesta. ¿Cómo aceptar entónces el título honroso que me dais? Ganas me vienen de decir algo semejante á las palabras del Marqués de Villena en el Macías, cuando recibió la carta del clavero, que se refería á sus horóscopos:

¡ Yo astrólogo, yo adivino !  
¡ Yo dado á la nigromancia !  
¡ Sólo porque ven mas libros  
Reunidos en mi casa  
Que en todo el reyno ! ¿Y acaso  
Podrán saber lo que tratan ?

No, gentiles caballeros, yo no soy maestro de nadie, y **ménos** de vosotros que marchais á la plena luz de **privilegiada** inteligencia. La tea que llevo en la **mano** es vacilante; **solo** alumbra mi paso entre las ruinas de la pasada **juventud**. Sea como fuere, es dulce la palabra de **la** amistad que nos alcanza en el retiro y en la **sombra**.

Viniendo **ahora** á lo esencial de la cortesísima misiva á que contesto, me ocuparé rápidamente de ello, echando todo escrúpulo á la espalda, y despues de santiguarme tres veces á fuer de buen cristiano. ¿ Con que deseais que yo decida en la descomunal contienda, pidiéndome consejo para seguir lidian-do ó hacer paces? ¡ Vaya un compromiso! . . . . No importa. . . Conozco las piezas del debate; las sé casi de coro. Me he inclinado ya á este, ya á aquel lado, y apenas si aún puedo salir de mi perplejidad.

¿Quién no diría que Oyuela tiene razon en su culto por las dos familias divinas, la griega y la cristiana (aunque de esta no tratara al presente), volviendo la vista sin cesar á la egregia patria desheredada de los dioses y los héroes, en que cantaba Píndaro, que vive más que las acciones, la palabra escapada de una alma profunda por labios amados de las Gracias? "Es allí donde Citerea ama todavía bajo el mármol, y donde esparcida su hermosura en la límpida atmósfera, aspiramos una parte de su inmortalidad." Lo ha dicho bien el poeta: «una miel pura fluye aún sobre el Hymeto. Apolo dora siempre los largos veranos de aquella tierra consagrada, y los mármoles de Mendeli resplandecen todavía al fuego de sus rayos». Encadenados al carro del arte victorioso, somos sus cautivos, y mi amigo el cantor de *Eros* ha podido repetir con Byron: «Bella Grecia, de hielo ha de ser el corazon que te mire sin sentir lo que siente un amante inclinado sobre las cenizas de su amada»:

Mas por grande que sea nuestra admiracion, atraídos de los prestigios de la belleza clásica; por intensa la sed que nos lleve á beber en las fuentes inspiradoras donde las Náyades suspiran, no debemos olvidarnos ni de nuestro tiempo, ni para refrescar

nuestros labios en la fiebre ardiente de la vida, del manantial que surge en la tierra nativa, dando lozanía á los prados en que corrió nuestra niñez, acompañamiento rumoroso á nuestros ensueños juveniles, y vigor al alma siempre ambiciosa de nuevas impresiones. Fijar la mente en un ideal artístico de convencion, inmutable, equivaldría á inmovilizar el pensamiento en las fruiciones de un éxtasis perpetuo, privándole de su fecundidad incesante. Enhorabuena venérense las reliquias de las grandezas caducadas, sin arrebatarse á los altares derruidos sus mutilados simulacros; arrodillémonos en los venerables santuarios donde la humanidad pontificara bajo la representacion del genio antiguo; pero salgamos luego al aire libre, y admiremos, fortalecido el espíritu, á la naturaleza eternamente renovada. Las corrientes de la vida nos arrastran. Si la memoria vuélvese al pasado, es como la llama de una antorcha llevada contra el viento. No la dejemos apagar.

Y viniendo ahora á tí ¡O Rafael! poeta de los dulces cantares argentinos, adorador del Sol y de la pampa; tambien se creería, si se juzgase solo por el sentimiento engendrado en las blandicias del hogar, que arrebatas la palma á tu adversario. ¡Es tan bella

la patria, su historia tan dramática, sus aspiraciones tan altas! A mas, sabes que ni la credulidad mítica, ni la mística existen, no teniendo en gran cuenta, que digamos, á las divinidades del Olimpo, ni disposicion ninguna, por lo visto, para ir á las viejas catedrales á buscar los santos y los ángeles en sus hornacinas de piedra, aunque lo hiciera Goëthe corriendo en pos de la leyenda. Campo y mas campo, cordillera tras cordillera, el espacio, los anchos y solitarios ríos, el cielo fulguroso, la inmensidad, los Andes. Ahí, segun tu criterio literario, joven, fresca, inviolada, existe la inspiracion, la poesia de América, que no necesita las guirnaldas marchitas de los templos paganos, ni las rosas de Jericó para realizar su hermosura, cuando tenemos por esos cerros la del país, con un olor exquisito de serrallo recién inaugurado. La melancólica guitarra vale tanto como la lira de Orfeo, y los *frutes* de aquella no son méños tiernos, que las lamentaciones del amante de Eurídice en el fondo del Hemus, muy bien despedazado por las mujeres de la Tracia, á quienes desdeñara, cuando por acá las queremos á todas. ¡Qué necesitamos de los idilios del valle de Tempe, valle de abanico, de las palomas de Vénus, ni de los cisnes de

---

Erimanto, que en resumidas cuentas no eran sino una especie de patos mas blancos y con el pescuezo mas largo? Nada falta para nuestros cuadros bucólicos, ni el chirrío de las carretas, *stridentia plaustra*, que decía Virgilio. Y si remontamos el vuelo ¿pediremos á la ficcion lo que la realidad nos ofrece? A nuevo mundo, nuevos cantos. Cuando se posee inmenso y rico territorio, nobles tradiciones; ensanchada por el empuje de los siglos la órbita del pensamiento y de la actividad material, no es cuerdo el irse á vivir encaramado en el Pindo, sin otro prospecto que el de petrificarse en el arrobamiento de un arte envejecido.

¡Desventurado! ¿Ignoras que al lado de la nuestra, y detras, hay otras civilizaciones que vienen transmitiéndose en el tiempo su luz y sus tesoros? ¡Has recogido ampliamente la herencia, y aparentas desconocer el beneficio! ¿De dónde aprendiste las sentidas modulaciones de tu lira, pues por mas que quisieras negarlo, lira es la tuya á que las mismas Gracias pusieron cuerdas de oro? ¿Rehusarías, te preguntaré con un grave humanista, reconocer lo divino porque aparece en el arte y el placer, y no solo en la conciencia y en la accion? No se trata de some-

terte á estrechas reglas, ni á los preceptos de una pedantería tiránica; pero tu misma originalidad envidiable nos está revelando, que el fruto nose ha colorido en el árbol sin que una savia robusta sustentase sus raíces. La planta humana se desarrolla, es cierto' en cualquier zona; mas ha de ser á condicion de no dejarla, antes de estar crecida, á la intemperie. En donde hay vida, sin duda, existe la belleza, y por consiguiente la poesía. Empero las formas nobles y graciosas con que la traducimos á nuestro lenguaje limitado, no se aprenden con solo descender al fondo de nuestro corazon, ni contemplando embelesados una naturaleza exuberante. Es menester pasar por la Academia, adornada con las estatuas de las deidades antiguas. Tu *Flor de seibo* habría muerto desconocida á la márgen solitaria del río, si no la hubieses presentado á nuestra admiracion en vaso fino de cristal. No obstante lo dicho, acepto como si fuera mío, y te encargo su traduccion en romance, este verso genial de Lafontaine:

«Donnez-moi du nouveau n'en fût-il pas au monde»

Ahora, sin insistir mas en las doctrinas que no pretendo enseñar, y que sólo he desflorado para retar-

dar, segun es de práctica entre jueces, el fallo que se me pide con desparpajo gallardísimo; leidas una y otra vez las composiciones rítmicas, causa del berenjenal en que denodadamente se han metido y me han metido sus autores; declaro, que en Dios y en mi ánima, despues de pesar con madurez los relevantes méritos respectivos de aquellos, ninguno de los dos amantes de la gaya ciencia que aguardan esta decision en el torneo literario á que bajaran, manteniéndose en actitud belicosa, merece exclusivamente la palma, y sí ambos ser coronados, de jacintos Oyuela, y Obligado de sauce arrancado á orillas del San Borombon, que corre cantando *vidalitas*.

Item mas opino, que Oyuela, domiciliándose en Cañuelas, donde á falta de ambrosía se alimentará con matambre y picana asada, debe abandonar la lectura de Homero y su familia lírica, siquiera unos veinte años, sustituyéndola por la de «Aniceto el Gallo» y «La Vuelta de Martin Fierro», que aprenderá de memoria. Miétras, para equilibrar, robustecer, y *acriollar* su temperamento literario, será bueno que aprovechando este invierno, vaya á zamparse en la laguna *Pichí*, próxima del *Nahuel Huapí*, tomando despues de cada baño *un verde*, mejor que el néctar

de los dioses. El viaje de ida y vuelta, *churrasqueando* á su gusto en el camino, lo emprenderá en un mancarrón patrio, y por ser poeta, ensillado con un *recadito cantor*; así se librará del Pegaso, animal arisco y duro al freno. De paso hará pascana en la estancia de D. Benjamin Zubiaurre, ó en *Poronguitos*, asistiendo en oportunidad á *la esquila* y á *la yerra*. No faltará allí quién le enseñe á echar un *pial*. Para amenizar aquellas faenas campestres, dejándose de las odas de Safo, cantará junto al fogón, en un tiple del guitarrero Ramirez, la *milonga*,

Haciendo gemir la prima  
Y llorar á la bordona.

Siendo moralmente imposible modificar de zopeton los gustos artísticos adquiridos en el estudio de los clásicos, que se nos pegan como la túnica de Neso, en vez de llevarse lo soñando con el Partenon y las maravillas helénicas, podrá pasar las horas muertas en contemplación de la piedra movediza del Tandil, recordando los versos emolientes del más inocentón de los poetas:

Cada comarca en la tierra  
Tiene un rasgo prominente etc.

De este modo su espíritu se irá tiñendo poco á poco con el colorido local, que tanto le recomienda su émulo, con quien se haría luego la paz al són de una habanera quebrada, bailada por puros criollos con sus *minas* flexibles.

Respecto de Obligado, soy tambien de dictámen, que inmediatamente se ponga en viaje, aunque sea en una balandra con *troja*, poniendo el rumbo al mar Egeo, sin parar hasta Atenas, y allí, en la augusta ciudad de Minerva, la de los ojos azules, diosa de la sabiduría, que segun malas lenguas no inspiró nunca á ningun poeta, aprenda el griego, reverenciando las ruinas que han venerado las naciones. Pero antes, por vía de bautismo clásico, atravesará á nado el Helesponto de Abydos á Séstos, munido al efecto de vejigas hinchadas; visitará luego las sagradas márgenes de Delfos, y dirigiéndose en seguida al bosque antiguo de Dodona, permanecerá en él, solo su alma, dos ó tres olimpiadas, sumergiéndose en sus fuentes habitadas por ninfas, y evocando en la soledad sus divinos oráculos. En todo este tiempo no probará el mate, ni fumará un cigarrillo de tabaco negro, teniendo por único sustento la dorada miel fabricada por las abejas del monte Hybla.

---

Con este régimen, sin olvidar á Santos Vega, exaltada su fantasía, verá pasar ante sus ojos la sombra gigantesca de los antiguos vates, á quienes saludará quitándose la *galera*, admirando la gracia, la perfeccion de la forma en sus cantos celestes, y volverá á sus pagos espiritualizado, con gran copia de colores, con impresiones indelebles, trayendo en el oido el eco de la verdad noble y sencilla, y en la mente un reflejo del esplendor olímpico, para iluminar sus cuadros argentinos, sin mengua de su originalidad y su frescura.

Ejecutada esta receta, me persuado ¡oh jóvenes amigos! que acabareis por entenderos, sin que ni las Musas, ni los manes de los Incas puedan quejarse de vosotros. Sereis más completos abrazándoos. La poesía, de origen divino, no tiene patria, ni escuela. Sus dones están esparcidos en la tierra, y aquél será mas feliz que pueda juntar en su guirnalda á las adelfas del Eurotas, las flores silvestres de nuestro suelo bendecido.

Aquí debiera terminar, que ya es tiempo; mas no quiero hacerlo sin pedir excusa por el retardo de esta contestacion. Se esplica. Recibí la carta á que respondo, el primer día de la semana santa; y temeroso

de caer en pecado mortal ocupándome de versos en horas que la cristiandad destina á meditaciones piadosas, he esperado al Domingo de Pascua, para dirigirme á vosotros con la conciencia limpia. Haced tregua á vuestra contienda, que será buen consejo, sin perjuicio de seguir cantando á destajo cada cual en su cuerda. Habrá ganancia para todos.

Agradeciendo cuanto de mí decís de bueno, cúmpleme ahora corresponder vuestro gentil saludo, agitando al aire mi blanca banderola, donde acabo de inscribir por mote, precaviéndome de volver ya á terciar en doctas zalagardas, el sabio axioma de Zenon: *Abstine et sustine.*

Soy vuestro.

CARLOS GUIDO Y SPANO.



# J U S T A L I T E R A R I A .

## I

### Á CALISTO OYUELA

#### C A R T E L

Tú, que pulsas la cítara de Orfeo,  
No extrañarás, Calisto, que mi Musa  
De batallar contigo entre en deseo.

Sírvame, amigo, tu amistad de escusa,  
Y la conciencia de que nobles lides  
Del alma con el alma, no rehusa,

La generosa sangre de los Cides  
Hace gallardo el combatir. Probemos,  
En franca lucha, la virtud de Alcides.

¡ Sus! y á la arena; pero así que entremos,  
Magüer antigua usanza, es pertinente  
Que al gran concurso las causales demos.

Quéjome de tu Musa irreverente,  
Que, en busca de las sombras del pasado,  
Huye la luz del ideal presente ;

Que en el vetusto Pindo sonrosado,  
En las aguas, ya turbias, de Heliconia,  
Del Arte sueña el esplendor sagrado ;

Que de hiedras y mirtos se corona,  
Y no de las güirnaldas del seíbo  
De nuestra bella americana zona ;

Que rinde culto al sátiro lascivo,  
Y al águila de Júpiter, huraña,  
Y no á los vuelos del chajá nativo ;

Que trepa del Parnaso la montaña,  
Y pone, con los Andes, en olvido  
De San Martín la memorable hazaña;

Que canta de mi América al oído  
En el lenguaje de los dioses, bello,  
Pero jamás del corazón sentido;

Que, aunque en mi tierra no se acuerden de ello,  
La faz de cierta cazadora ingrata  
Descubre de la luna en el destello;

Que sus contornos mágicos retrata  
En el Tajo mezquino, y no se mira  
En los cristales del soberbio Plata;

Y por fin, que hasta el aire que respira,  
Es de Neptuno el hijo armonioso,  
Y no el pampero que la Patria aspira.

Estas mis quejas son, que escucha ansioso  
El gran concurso, y á librar batalla  
Me deciden, poeta generoso.

No la lanza, la espada, ó la metralla,  
Vendrán en sangre á humedecer la arena,  
Que Marte léjos de nosotros se halla :

Vendrá tu lira, de cadencias llena,  
Y en contrapunto de mi verso escaso,  
En la parla dirá de Juan de Mena  
En qué supera al Andes el Parnaso.

RAFAEL OBLIGADO .

Buenos Aires, Noviembre de 1881.

---

## II

### Á RAFAL OBLIGADO

---

Sur des pensers nouveaux faisons des vers antiques  
*André Chénier.*

Sobre inquieto corcel, frente serena,  
La lanza en ristre, y con marcial talante,  
Entraste, amigo, á la revuelta arena.

Y, cual moderno caballero andante,  
Ante el concurso que en silencio atiende,  
En son de guerra me arrojaste el guante.

No lo extraño en verdad, ni me sorprende,  
Siendo como eres de la heróica raza  
Cuya alma al grito de la lid se enciende.

Mas, dime, ¿por ventura, *no hay en plaza*  
( ¡ Dirás que soy antiguo ! ) otro más fuerte  
Que yo, para blandir la ingente maza ?

¡ Elegir á quien ya la airada suerte  
Negó ingenio y vigor, para llevarle  
Al antro pavoroso de la muerte !

¿No fuera, dí, más noble abandonarle  
Allá á su númen destemplado y frio,  
Que á desigual combate provocarle ?

Mas pues te empeñas, sea : tu alto brio  
No tengo, á fé, ni tu feliz destreza,  
Mas de mi causa en la bondad confio.

Tu acusacion por fulminar empieza  
*Mi Musa irreverente*, que un tesoro  
Ve, en lo que fué, de espléndida belleza.

Que ve en torno del Sol el raudal coro  
De las Horas volubles, y en la fuente  
La hermosa ninfa de madejas de oro.

Que renunciando al ideal presente,  
En las tinieblas densas del pasado  
Ay! se complace en envolver mi frente.

¡Píndaro, Safo, Homero venerado!  
Si fuisteis sombras sólo, sí, yo anhelo  
Vivir en sombra eterna sepultado!

Natura envuelta en misterioso velo  
A los griegos habló, que sonrientes  
Imaginaron en la tierra el cielo.

Vertieron en cascadas esplendentes  
La fé, el amor, la animacion, la vida,  
En los bosques, los prados y las fuentes.

*¡Su habla no fué del corazón sentida*  
Afirmas, Rafael! Leyendo á Homero  
¡Oh cuál se siente el alma dolorida!

Héctor sin vida cae ; Aquiles fiero  
Arrastra su cabeza ensangrentada,  
Que abriendo va en la arena hondo sendero.

Vése á la tierna madre desolada  
Su pecho desgarrar, pidiendo ansiosa  
Bajar con su hijo á la infernal morada.

Acude al llanto allí la casta esposa,  
Y al ver el cuadro horrible, cae en tierra,  
Y rueda léjos su diadema hermosa!

Tu noble pecho, Rafael, que encierra  
Tal tesoro de amor ¿ no se enternece  
Ante este fin de la nefanda guerra? (1)

¿ Le llamarás vetusto? ¡ Oh! no envejece  
Lo que es bello y sublime! Antes su gloria  
Con majestad eterna resplandece.

(1) Sabido es que la muerte de Héctor no tuvo por efecto inmediato la terminacion de la guerra de Troya ; pero fué el principio del fin, pues dicho caudillo era la columna, el nervio todo de la defensa.

---

¡ Cómo levanta el alma la memoria  
De aquella áurea falanje de inmortales  
Que arrancar supo al tiempo la victoria!

¡ Oh bendecida edad en que los males  
Mitigaba del canto la armonía,  
Derramándose en plácidos raudales !

Pasaste ya ! La ciencia cada día  
Nos arrebató un sueño, y despiadada  
Sólo la duda á nuestra mente fia.

Mas no pretendo yo que encadenada  
La inspiracion en el altar pagano,  
El vuelo tienda hácia la edad pasada.

El verso, de la forma soberano,  
Mayor intensidad, mayor altura,  
Luego alcanzó del ideal cristiano.

Láncese, pues, allá donde fulgura  
El sol del Porvenir; mas siempre esplenda  
Rica y sencilla, transparente y pura.

Y en vez de entrar en criminal contienda  
Con los pasados siglos, procuremos  
Que el nuestro los reuna y los comprenda.

Heleno mármol con afán busquemos,  
Y de la luz moderna á los fulgores  
Estatua nueva y magistral labremos.

¡ Criollo, dices, no soy, porque loores  
No entono al grito del *chajá*, y prefiero  
Los trinos de los dulces ruisseñores !

Porque el ombú no canto ni el pampero,  
Ni el perfume dudoso del seibo,  
Ni los, famosos ya, huevos de *tero*!

¡ Oh irreverencia atroz ! ¡ Oh pecho esquivo  
Al amor de la Patria ! ¡ Oh si aún ardiera  
La Inquisicion, para abrasarte vivo ! . . . .

¡ Qué ! ¿ No ves, Rafael, por donde quiera,  
Cómo la idea, de esplendor ceñida,  
Rueda veloz por la celeste esfera ?

---

¿ No oyes la voz del siglo, engrandecida,  
Que con acento universal, profundo,  
Al gran festin la humanidad convida ?

¡ Alcese el canto espléndido y fecundo,  
No ya sólo á ensalzar la Patria amada,  
Sino tambien la comunión del mundo!

Désele aquella sencillez preciada  
Que tuvo en otros tiempos, y serene  
Del Plata la corriente arrebatada,  
El raudal, siempre claro, de Hipocrene.

CALISTO OYUELA

Buenos-Aires, Diciembre 3 de 1881.

---



### III

#### Á CALISTO OYUELA

---

Siempre fué la modestia hija del fuerte  
Y del talento, el generoso empeño  
De oscurecer los dones de la suerte.

Por eso, mustio, débil y pequeño,  
Pintas tu númen, cuando siempre ha sido  
De los espacios y las cumbres dueño.

¡ Lástima grande que á construir tu nido  
Vayas, ave canora, entre las peñas  
Y duros riscos donde no has nacido !

¡ Que así prefieras miserables breñas  
Al ombú de tus padres ! al amparo  
De las selvas de América risueñas !

¡ Que huyendo un cielo azul, diáfano y claro,  
Los climas busques extranjeros, donde  
Es de sus rayos hasta el sol avaro !

¡ Que no haya en tí esa fibra que responde  
A la voz melancólica y serena  
Que el tibio seno de la Patria esconde !

¡ A esa dulce amorosa cantilena,  
Que entonan por doquier montes y rios  
Y allá en las noches de la Pampa suena !

No son antojos ni caprichos míos ;  
No, que todo nos habla, hasta las flores  
Que humedecen del alba los rocíos.

Y tú, en cambio, ¿qué cantos, qué rumores  
Escuchas, lejos de la tierra amada ?  
Ya lo has dicho : ¡ los pardos ruseñores !

¿ Será su voz meliflua, regalada ?  
¿ Reposará, en oyéndola, el sentido  
En las Arcadias de la edad pasada ?

¡ Oh dulces tardes del Abril florido !  
¡ Cuál gozarás, moderno Nemoroso,  
Oyendo el fáeil canto no aprendido !

Y más, si Galatea el rostro hermoso,  
Amante vuelve á tí, mientras, paciendo,  
Triscan tus cabras por el prado herboso.

Bella ocasion para empezar diciendo :  
« ¡ Oh más dura que mármol á mis quejas....  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo ! »

Pero, dime, Calisto, ¿ así nos dejas  
Entregados á « bárbaros » cantores,  
Y en pos del docto ruseñor te alejas ?

¡ Aplaudo tu mision ! ¡ Dias mejores  
Alcanzará la Patria, si al boyero  
Enseñan á cantar los ruiseñores !

Entónces será Julio nuestro Enero;  
Florecido el Abril; menguado el niño  
Que se atreva á comer huevos de tero.

De la edad infantil, algun cariño  
Les conservo, que al fin no son *malejos*  
Cuando áun se tiene la color de armiño;

Pero concedo que á tus gustos viejos  
Otros huevos más clásicos convienen;  
Por ejemplo, de grullas ó vencejos.

Mas, ¿ así mis tercetos se detienen  
A platicar de pájaros salvajes,  
Cuando tus griegos á mi encuentro vienen ?

Cúmpleme honrar sus áticos linajes  
Prestándote atencion en este punto,  
Siquiera sea por sus bellos trajes.

Los saludo cortés, y entro al asunto,  
*Heleno mármol con afán busquemos,*  
Dices, dando tu tesis en conjunto.

Y, así que en el taller le coloquemos,  
Ahades con magnífica osadía,  
*Estatua nueva y magistral labremos.*

¡Oh Númen creador! ¡oh Poesía!  
¿Tan pobre estás que tu caudal no basta,  
Ni la opulencia de la Patria mía,

Ni aquellos Andes cuya sien contrasta  
Con los de Páros invisibles picos,  
A hacer la estatua con la propia pasta?

¿Será, Calisto, que no somos ricos?  
¿Que todo un mundo condenado viva  
A eterna copia? ¿que nacimos micos?

¡No! que en el Norte resplandece altiva  
La gran Nación que al porvenir se lanza  
Como indómita audaz locomotiva!

¡ No! que ric do quiera la esperanza ;  
Y por más jóven que la Patria sea,  
Algo pesa del mundo en la balanza !

¡ Esta no es tierra para usar librea !  
¡ Esta no es tierra para andar buscando  
Dorados grillos con qué atar la idea !

Al esplendor de la verdad marchando,  
Cumpla el Arte en la Patria los destinos  
Que se vaya á sí mismo señalando ;

No prefiera ni griegos ni latinos ;  
Y para ser ante los pueblos grande,  
**TENGA FORMA Y ESPÍRITU ARGENTINOS !**

Como el árbol arraigue, crezca, mande  
Su grata sombra, su simiente al mundo,  
Que así en la tierra un ideal se expande ;

Pero conserve con amor profundo  
Su generosa libertad primera,  
Su sentimiento nacional, fecundo.



---

Torno á tu carta por la vez postrera.  
¡ Andrómaca infeliz ! ¡ Hécuba triste ! . . .  
Mas, oye, y díme la verdad sincera :

¿ Ante tal relacion te conmoviste ?  
¿ Ante el horror de semejante liza  
Los ojos, espantados, no volviste ?

La escena que tu verso preconiza,  
Con su salvaje majestad aterra,  
Y, en vez de conmoverme, me horroriza.

Dejando á Homero y la troyana guerra,  
Mi voto es este: que en la lira vibre  
Blanda nota de paz, y que en mi tierra  
El Arte sea, como el cóndor, libre.

RAFAEL OBLIGADO.

Diciembre, 1881.



---



## IV

### A RAPAELO OBLIGADO

---

Brilla mas la verdad, aunque encendido  
Su faro sea por inepta mano,  
Que lo falso, hábilmente sostenido.

Por eso, Rafael, luchas en vano,  
Y al pretender trocar en sombra el día,  
Sólo muestras tu ingenio soberano.

¿Por qué repites con tenaz perfidia,  
Haciendo agravio á mi sentir, que ingrato,  
El cielo no amo de la patria mia?

¿Por qué ese dulce sentimiento, innato  
En todo noble corazón, me niegas,  
Porque tus gustos ásperos combato?

¿Tan débil estás ya, que las manchegas  
Armas dejando, con que al circo entraste,  
Con las traidoras del sofisma bregas?

Dí, ¿*tambien* con cartones las forjaste?  
Pues de otro modo comprender no es dado  
Que un solo golpe á desfacerlas baste.

¡Hijo soy de aquel pueblo denodado  
Que en sed de gloria y libertad ardiendo,  
Clavó en los Andes su pendón sagrado!

Que derramó en América el estruendo  
De gigantesca y veneranda guerra,  
Al són del canto triunfador muriendo!

Que allá en las cumbres de su excelsa sierra  
Rompiendo el cetro á la opresión airada,  
Dió un mundo libre á la asombrada tierra!

---

¡Oh pueblo heróico y grandel ¡Oh Patria amadal  
¡Feliz quien pudo en tu encendida aurora  
Besar tu frente en esplendor bañada!

Hoy que la paz tus horizontes dora,  
Ciñe tus sienes con el lauro hermoso  
Por el que á Grecia todo el mundo honora.

¡MénoS tú, Rafael! que en desdeñoso  
Tono te atreves á llamar mezquino,  
Lo que es excelso, sin rival, glorioso!

¡Vive Dios que es tu empeño peregrino!  
¿Oscuro el sol de Atenas? ¡Te ha cegado  
Su mar de lumbre, su fulgor divino!

Deja para quien nunca ha penetrado  
En el templo del Arte, hallar más grande  
Que el áureo Olimpo el Illimani helado.

Que en él, de Grecia la montaña expande  
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,  
Miéntras que apénas se dibuja el Ande.

Alumbre, pues, sus atrevidas frentes  
Del númen griego la sin par belleza,  
Derramándose en vívidos torrentes.

Y con su misma virginal pureza,  
Que eternamente vive, ensalce el canto  
Nuestra hermosa y feraz naturaleza.

Ese es el mármol, Rafael, que tanto  
Te indigna y hiere que á buscar acuda  
En aquel clima de celeste encanto.

Mas tú pretendes que aunque tosca y ruda  
Sea nuestra *pasta*, trabajando en ella  
Se alce la estatua de primor desnuda.

¡Oh ingenio creador! ¡Oh clara huella  
La que anhelas seguir, envuelta en brumas!  
¿Somos indios tal vez? ¿Es nuestra estrella

La que alumbró á Capacs y Motezumas?  
¡Hé ahí el *summum* de tu ardiente anhelo:  
Quieres ¡ya entiendo! que vistamos plumas!

¡Bizarra pretension! ; Tender un velo  
Sobre el nuevo astro que radiante asoma  
En nuestro inmenso y transparente cielo!

¡Hijos somos tambien de Grecia y Roma!  
La una del Arte el luminar enciende,  
La otra, invencible, los imperios doma.

Mas no mi musa encadenar pretende  
Con duros *grillos* la sublime idea,  
Que á ella tambien la esclavitud ofende.

El noble lazo de nuestro arte sen,  
La razon clara, la conciencia pura;  
Y en vez de usar ridícula *librea*,

Quiero realce su gentil figura  
La túnica sencilla y elegante  
Con que se adorna y viste la hermosura.

¿Qué hallas en esto por que así te espante?  
¿Do está la copia? Si la estatua es *nueva*,  
*Nuevas formas* tendrá, *nuevo* semblante.

Mas ¡guay del canto que de hoy más se atreva  
A ser puro y galano! ¡Infame! ¡Viejo!....  
¡Vejez robusta que al empíreo eleva!

Pero este punto presuroso dejo,  
Que en busca de otros mi bridon se lanza,  
Por que no digas que callando, cejo,

No es el zagal que descuidado avanza  
(Galatea..... más bien) cabras guiando,  
Lo que de Grecia á entusiasmarme alcanza.

Es Píndaro armonioso, coronando  
La frente de los héroes; es Tirteo  
De guerra el grito por la Patria dando!

De Leonidas el grupo giganteo,  
Y su muerte inmortal! La dulce lira  
Del sin ventura enamorado Orfeo.

Oh! cuando absorta nuestra mente gira  
En torno á aquella antigua heróica gente  
Aura de gloria y majestad se aspira!..

Taa sólo quieres ver la rabia ardiente  
De Aquiles, cuando en Héctor ensañado,  
La furia atroz de las venganzas siente..

Mas el poder inmenso, aunque velado,  
Que en la verdad del sentimiento existe,  
Tu prevencion injusta ha traicionado.

Si, amigo, á tu pesar te conmoviste,  
Pues clamas con acento lastimero:  
*¡Andrómaca infeliz! ¡Hécuba triste!*

¿Lo ves? ¡Sollozas recordando á Homero!  
Vamos! no sólo el corazón golpean  
El chajá, el rancho, el seibo y.... los de *tero!*

*¡Clásico* eres también! ¡Loados sean  
El Señor y los ángeles benditos!....  
Mas ya los hornos del Infierno humean

Para tí, Rafael! y en infinitos  
Tormentos vas á arder, que *irreverente*  
Mentar osaste los antiguos mitos!

¿No hablas de *Marte* en tu Cartel valiente?  
¿No afirmas que mi *Musa* (á quien festejas)  
Se retrata del Tajo en la corriente?

No te parecen, veo, tan *malejas*  
Las helenas ficciones, pues, con tino,  
Entre tus cantos revolar las dejas.

Mas prodigarlas mucho, es desatino,  
*Que aunque en imagen viven*, ver es justo  
Que no cree en la Sibila el argentino.

Da libre rienda á tu sencillo gusto,  
Que es clásico tambien, aunque hora gime  
De la *consigna* bajo el ceño adusto.

Y pues inculta forma al canto oprime,  
Y su alto vuelo triunfador detiene,  
Sus lazos rompa, y límpido y sublime  
Como en el Pindo, en nuestros Andes suene.

CALISTO OYUELA.

Diciembre de 1881.

---

# V

## A CALISTO OYUELA

*Deja para quien nunca los penetrado  
En el templo del Arte, hallar más grande  
Que el áureo Olimpo el Ilhimani helado.*

*Que en él, de Grecia la montaña expande  
Sus verdes faldas, mórbidas, rientes,  
Mientras que apenas se dibuja el Ande.*

¡Vaya un ardid para engañar las gentes!  
 ¿Tan mal parada tu montaña viste  
 Que tal argucia te saltó á las mientes?

—«Para darle más talla, te dijiste,  
 «Echémosle una bóveda al Parnaso,  
 «Y al Illimani vencerá y al Miste.

«Una cosa es mirarlo á cielo raso,  
 «Donde sólo las cumbres gigantes  
 «Van de las nubes á cerrar el paso;

«Y otra, bajo las bóvedas pigmeas  
 «Del templo de mi pueblo, donde exijo,  
 • «Rafael; que te inclines y lo veas.»

Sí, lo veo. . . . ¡y es grande! Quien te dijo  
 Que me niego á admirar tales portentos,  
 Ese, Calisto, te engañó de fijo.

De muchacho bebíame los vientos  
 Por ver montes sagrados. Mil campañas  
 Hice en pos de famosos *nacimientos*.

¡Qué montañas, Calisto, qué montañas!  
¡Cuál se erguían sus piedras de cartones  
Casi casi hasta dar con las arañas!

Tres reyes, no más blancos que *gorriones*,  
Postrados ante el Niño, le ofrecían  
En muda adoración, preciosos dones.

Y aunque ignoro en verdad cómo subían,  
Allá en las grietas de las altas peñas  
Pesados bueyes sin pacer vivían.

Una *Arcadia* de jóvenes risueñas  
Y *pulidos pastores*, sus rebaños  
Apacentaban por aquellas breñas.

Y como esto admiré por muchos años,  
Y aquel *áureo* gigante parecía  
Hender las nubes. . . . de plegados paños:

¿Cómo extrañar, Calisto, la alegría  
Con que me enseñas tu Parnaso, alzado  
Debajo de la excelsa galería?

Soberbio debe ser; mas, ten cuidado  
De no mostrarlo bajo el cielo hermoso  
Donde se ostenta el *Illimani helado!*

En llamarme manchego, andas gracioso.  
Y es así la verdad, sin duda alguna,  
Sea Henares mi patria, ó el Toboso;

Porque yo, por tu bien y tu fortuna,  
Aunque *áspero y salvaje*, ando vestido  
De *caballero de la Blanca Luna*.

• A ley del vencedor quede el vencido,  
(Dice un código antiguo, que yo acato,)  
Ora esté derribado ó mal ferido. •

De que yaces por tierra largo rato,  
¿Quién dudará, Calisto? —y pues no hay veto,  
¡Eres muerto, ó me cumples el contrato!

Oye pues tu sentencia, griego neto:  
A fin de arrebatarte á esas quimeras,  
Doce meses de Pampa te decreto!

No canta *Filomena* en sus laderas,  
No hay rebaños de dioses *aurorientes*,  
Ni cabras, ni ridículas cabreras:

Jamas de hiedra las lozanas frentes  
Ciben las ninfas, matizando el suelo  
*Cube la mirgen* de las claras fuentes;

Pero, en cambio, ¡qué vasto es aquel cielo!  
¡Cómo enciende en el alma del poeta  
Un vivo impulso de tender el vuelo!

Te conviene, Calisto, esta receta,  
Pues siempre goza el que el pampero aspira  
De buen sentido y de salud completa.

Ya nunca más tu generosa lira  
Irá de Orfeo á recoger migajas  
En un banquete que es mitad mentira.

¡Qué! ¡No ves que la humillás y rebajas  
Rindiendo culto á la ficcion rastrera  
Que el vicio ensalza y las pasiones bajas?

Si quieres dioses, no los busques fuera:  
Ama el Sol de los Incas, cuya lumbre  
Reluce de tu patria en la bandera!

No te cause el dejarlos pesadumbre;  
No estén tus ojos sin cesar abiertos  
A los que otros adoran . . . por costumbre.

« Deja á los muertos enterrar sus muertos, »  
Y busca *nuevo mármol*, nueva vida,  
De mi América amada en los desiertos.

¿No vale más su juventud florida  
Que la de Vénus? ¿Nuestra grande historia,  
Que la leyenda de Hércules fingida?

De Tirteo y Leonidas la memoria  
Será gloriosa, como dices, pero . . .  
¡Un argentino mendigando gloria!

Cierto día, un ejército extranjero  
En Ayohuma nos venció . . . ¡Aquel día  
Fué bien triste en la patria del pampero!

Infauſta noche, tempeſtad ſombría,  
Se desplomó en la tierra que en otrora  
Al tibio beſo de la luz reía.

Inerme vírgen que en ſilencio llora,  
Quedó la Patria, en ſu letal deſmayo,  
A merced de la hueſte vencedora.

Y con el pueblo que naciera en Mayo,  
Al fin, Carácas, ſu glorioſa hermana,  
Como herida cayó del miſmo rayo.

¿Quién ſalvará á la tierra americana,  
Si no hay *Tirteos*, que en audaz querella,  
Luchando ũno con mil, venzan mañana?

¿Quién? . . . ¡Güemes y ſus gauchos! — Se alza en ella,  
¡Y cinco veces el leon hispano  
Contra ſu pecho varonil ſe estrella!

De San Martín el potro pampeano,  
Salta los Andes, y derriba y paſa  
Como una tromba, hasta el conſin peruano!

¡Esos son los *Leonidas* de tu casa! . . .  
Beba en la fuente de esa gloria el Arte,  
Nunca á la noble inspiracion escasa.

¡Háblame ahora de tu excelso Marte;  
O de aquellos sus ínclitos parientes,  
Hermanos de Amadis y Durandarte!

En altos versos, por demas valientes,  
Tu amor nos juras á la Patria bella,  
Asombro, dices, de estrañeras gentes.

¡Al fin te acuerdas que has nacido en ella!  
¡Al fin te postras á besar contrito  
De sus victorias la fulgente huella!

Sí, griego contumaz, te felicito,  
Porque has herido el Tempe y el Egeo  
Con tan *salcaje* inusitado grito!

Mas, francamente, en tu pasion no creo,  
Ni en el calor de la muriente llama  
A cuya lumbre tus tercetos leo.

Si tal amor tu corazón inflama,  
¿Cómo es que nunca de tu plectro de oro  
En encendidos cantos se derrama?

¿Cómo es que prestas al castalio coro  
Atento oído, cuando el aire llena  
La grande voz del Paraná sonoro?

¿Cómo es que olvidas la soberbia escena  
Donde teje, en las noches, el Crucero  
La blanca gasa de su luz serena?

Pero, dime, bucólico cabrero,  
Y por ende, amador: ¿con que no cejas  
Ante las flechas del voluble arquero?

¡Cruel Galatea! ¡desdeñar tus quejas!  
¡Ay! Calisto, Calisto, esa muchacha  
No vale un huevo de tus grullas viejas! . . . .

¿Con que he mostrado sin querer la hilacha,  
Y me empujas al báratro sombrío  
Porque de *Marte* diseñé la facha?

¿Con que clásico soy, porque de un río  
Ví á la márgen tu *Musa*?... Si es por eso,  
La inocencia te valga, amigo mio.

Andrómaca... es verdad! Yo te confieso  
Haber sentido, como tú lo quieres,  
Ante su duelo el corazón opreso.

Ni el clasicismo, en tan amables seres,  
Podrá nunca evitar que beba, amigo,  
Gota á gota, el llorar de las mujeres.

Mas, ya la lucha que emprendí contigo  
Truécase en paz; y al oprimir tu mano,  
Te declaro leal, noble enemigo.

Vuele, pues, tu alto númen soberano  
Del mar de Grecia á la gentil ribera,  
En tanto que yo agito sobre el llano  
De Echeverría la inmortal bandera.

RAFAEL OBLIGADO.

Diciembre de 1881.

---

## VI

### Á RAFAEL OBLIGADO

---

¡Oh cuán exhausto ya! Vedle: es el mismo  
Que ayer no más, fatídico, iracundo,  
Mostraba su arrogancia y su heroísmo.

Rayo en las lides fué: *terror do mundo*:  
Y hoy, ya le veis, vencido y derribado,  
Exangüe yace, y en sopor profundo!

Mas áun propicio en su infortunio el hado,  
Al descargar sobre él tan duro azote,  
Recurso salvador le ha deparado.

Áun puede tan orondo darse el mote  
De vencedor . . . . ¡Oh espléndido trasunto  
Del inmortal y altivo Don Quijote!

Mas no le imitas tú punto por punto,  
No! que has dado en porfías tan extrañas  
Como en su vida las urdió el difunto.

¡Has superado, amigo, sus patrañas!  
Pues, tratándose de Arte, se te ha puesto  
Que has de medir por metros las montañas!

Y al ver que ante el Parnaso el Ande expuesto  
En el templo del Arte, se humillaba,  
«*Por causa de la bóveda!*» has opuesto.

Mas ¿por qué si el pequeño se agrandaba,  
El grande (en bulto), el de soberbia alteza  
Su magnitud en mezquindad trocaba?

Porque en el templo de ideal belleza  
De que te hablaba en mi anterior misiva,  
No se mide por cuartas la grandeza!

En él del Ándes la *apariencia* altiva  
Sólo puede servir al inocente  
Juego infantil que tu recuerdo aviva.

Fingiendo triunfos que ideó tu mente,  
Pretendes, por mi mal, que un año entero  
En pampa triste y desolada cuente.

Díme, ¿es tu empeño, Rafael, sincero?  
Crees, en verdad, que nuestra estéril pampa  
Pueda del Arte ser rico venero?

Pues yo te juro por la augusta estampa  
De Lucifer, que es la región odiosa  
Donde la Muerte descarnada campa.

¿Dónde estais frescas fuentes, selva umbrosa,  
Verdes colinas, aromadas flores,  
Dulces aves de voz melodiosa,

Cascadas y torrentes bramadores,  
Y cuanto, el suelo con vigor rompiendo,  
Brotó, y hierve, y se expande en mil fulgores?

¿Dónde vuestro almo y regalado estruendo?  
En la Pampa tal vez, árida, escueta?  
«¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!»

*¡Se goza en ella de salud completa!*  
Lo creo, Rafael; mas fuera vano  
Buscar inspiración para el poeta!

Ah! me olvidaba: afirmas que en el *llano*  
Rico *mármol* se encuentra.... ¡deteneos!....  
Fué un vahido, es verdad, ... pero está sano!....

Te indigna que á Leonidas y Tirteos,  
En mi entusiasmo antiguo, ensalce y cante:  
¡Claro! no usaron poncho esos pigmeos!

¡Oh pecho el tuyo de la gloria amante!  
Que para honrar del héroe el alto brio,  
Ha menester ... un mapa por delante!

Amo y venero los del suelo mio,  
Mas no por eso con mezquina valla  
De los demas mi corazon desvio.

Do quier el genio, el heroismo se halla,  
Allí mi admiracion, allí mi encanto,  
Que en grito ardiente y generoso estalla!

Tu carta, Rafael, en donde tanto  
La gracia ostentas de tu ingenio agudo,  
Pobre está de razones: prueba al canto.

¿Por qué quedando ante las mias mudo,  
Repites las que exhaustas, malparadas,  
Tiempo há salieron del combate rudo?

¿Están tus flechas, dí, tan agotadas,  
Que vas del suelo á recoger prolijo  
Las ya romas, y en partes mil quebradas?

Permite, entónces, que en mis frece fijo,  
Te pruebe, transcribiendo con llaneza,  
Que no por Fauno y Sático me aslijo.

*Y con su misma virginal pureza \**  
*Que eternamente vive, ensalce el canto*  
 NUESTRA HERMOSA Y FERAZ NATURALEZA. \*\*

Punto, y aparte—¿Con que el gran quebranto  
*De Andrómaca infeliz, de Hécuba triste,*  
 Hizo á tus ojos asomar el llanto?

¡Oh! y cuán á tiempo por tu honor volviste!  
 ¡Cuánto te elevas sobre quien, inenguado,  
 Su error conoce y en su error persiste!

Loando de mi verso levantado,  
 En honra de mi patria, el són valiente,  
 Aún mi fervor patriótico has negado.

¡Implicacion clarísima, evidente!  
 Y en prueba de ello á recordar te invito  
 Que bien se canta lo que bien se siente!

\* La de la poesía griega.

\*\* Epístola cuarta.

Ese que llamas tú *salraje* grito  
(¡A fé que es raro antojo!), mal supones  
Que pueda el Tempe *herir* por inaudito.

La Grecia es madre de héroes! Sus legiones  
Supieron dar con elacion sublime  
De «patia» y «guerra» los vibrantes sonos!

Mas tu furor maniático no exime  
Ni aún la helena ficcion, cuando asegura  
Que el vicio ensalza y la virtud deprime.

¿No te mueven su gracia y hermosura?  
¿O es fuerza, para ser vate argentino,  
No amar sino al *carancho* y la llanura?

¡Jove, Minerva, Apolo peregrino,  
Vénus Urania! ¡Encarnacion profunda  
De cuanto hay grande, universal, divino!

Mas tiempo es ya de que la lid fecunda  
A que fuí provocado, terminando,  
Mi mano con tu mano se confunda.

Así, no temas que (cual tú), abusando  
De mi difícil triunfo, te condene  
Sino á esta obligacion: seguir cantando.

Y pues la limpia fuente de Hipocrene,  
Donde radiante se refleja el cielo,  
Con tus gustos *nativos* no se aviene:

¡Te mando, en premio de tu patrio celo,  
Que zabullas tu Musa eternamente  
En las revueltas agnas del *Riachuelo!*

En cuanto á mí, si me negó inclemente  
El hado, alzarme á la region serena,  
Límpida esfera que soñó mi mente,

Dejaré, en cambio, que mi alma, agena  
Del espacio y del tiempo al linde exiguo,  
Se torne á contemplar, de encanto llena,  
La eterna juventud del mundo antiguo.

Enero de 1882.

CALISTO OYUELA.

---

## APÉNDICE

---

*Señor D. Calisto Oyuela.*

Mi distinguido amigo:

Es de «antigua usanza» conceder á los vencedores en los torneos literarios la *rosa natural*, homenaje que en nuestra tierra bien puede sustituirse con una flor de sésbo, sin menoscabo, en mi sentir, de la belleza del premio tradicional.

Ciño, pues, á su noble frente de poeta la presente modesta guirnalda, hurtada á las selvas del Paraná, patria adoptiva de mi espíritu. Si ella no es tan lozana como fuera de desearse, débese á haber sido arrancada de las ramas bajas del árbol, no de la copa,

donde se abren al sol las más bellas, condicion que las coloca fuera de mi alcance.

Con todo, su sencillez, la falta de retóricos atavíos, el hecho de ser descendiente de «aquella vaquera de la Finojosa», como la hermosísima *Flor de la caña* del infortunado *Plácido*, y hasta la habilidad femenina de presentarse ante V., conociendo sus gustos, envuelta en «túnica sencilla», si no elegante, son circunstancias que, reunidas, parecen bastantes á propiciarse su estimacion.

Lleva encargo especial mi *morocho* (con perdon sea dicho de la Academia Española), de borrar, suprimir y aniquilar toda frase mal sonante que en el calor de la lucha hubiera deslizádoseme acerca de su persona, de mí tan estimada, ó de la escuela literaria por V. tan hábilmente defendida.

Dignese recibirla como leal caballero, y ponga ella paz entre nosotros, cicatrizando las heridas por uno y otro abiertas, aunque con fingida saña, en la inaudita y nunca bien ponderada batalla que acabamos de fenecer. De V. affmo amigo.

RAFAEL OBLIGADO.

Sic. Febrero 3 de 1882.

## LA FLOR DEL SÍBO

---

AL POETA CALISTO OYUELA

Quiero realce su gentil figura  
La túnica sencilla y elegante  
Con que se adorna y viste la hermosura.

C. OYUELA.

Tu «Flor de la caña»,  
O Plácido amigo,  
No tuvo unos ojos  
Más negros y lindos,  
Que cierta morocha  
Del suelo argentino  
Llamada . . . Su nombre  
Jamás lo he sabido;  
Mas, tiene unos labios  
De un rojo tan vivo,

Difúndese de ella  
Tal fuego escondido,  
Que aquí, en la comarca,  
La dan los vecinos  
Por único nombre,  
*La flor del seibo.*

Un día,—una tarde  
Serena de estío,—  
Pasó por la puerta  
Del rancho que habito.  
Vestia una falda  
Ligera de lino;  
Cubriala el seno,  
Velando el corpiño,  
Un chal tucumano  
De mallas tejido;  
Y el negro cabello,  
Sin moños ni rizos,  
Cayendo abundoso,  
Brillaba ceñido  
Con una guirnalda  
De flor de seibo.

Miréla, y sus ojos  
Buscaron los míos . . . .  
Talvez un secreto  
Los dos nos dijimos,  
Porque ella, turbada,  
Quizá por descuido  
Su blanco pañuelo  
Perdió en el camino,  
Corrí á levantarlo,  
Y al tiempo de asirlo,  
El alma inundóme  
Su olor á tomillo.  
Al dárselo, «gracias  
Mil gracias!» — me dijo,  
Poniéndose roja  
Cual flor de seibo.

Ignoro si entónces  
Pequé de atrevido,  
Pero ello es lo cierto  
Que juntos seguimos  
La senda, cubierta  
De sauces dormidos;

Y mientras sus ojos,  
Modestos y esquivos,  
Fijaba en sus breves  
Zapatos pulidos,  
Con moños de raso  
Color de jacinto,  
Mi amor de poeta  
La dije al oído;  
Mi amor, más hermoso  
Que flor de seibo!

La frente inclinada  
Y el paso furtivo,  
Guardó aquel silencio  
Que vale un suspiro.  
Mas, viendo en la arena  
La sombra de un nido  
Que al soplo temblaba  
Del aire tranquilo,  
—•Allí se columpian  
Dos aves, me dijo;  
Dos aves que se aman  
Y juntas he visto

Rebiendo las gotas  
De fresco rocío  
Que absorbe en la noche  
La flor del sebo.

Oyendo embriagado  
Su acento divino,  
Tambien, como ella,  
Quedé pensativo.  
Mas, como en un claro  
Del bosque sombrío,  
Se alzara, ya cerca,  
Su hogar campesino:  
Detuvo sus pasos,  
Y, llena de hechizos,  
En pago y en prenda  
De nuestro cariño,  
Hurtando á las sienes  
Su adorno sencillo,  
Me dió, sonrojada,  
La flor del sebo.

RAFAEL OBLIGADO.

---

Buenos-Aires, Febrero 13 de 1882.

*Señor D. Rafael Obligado*

Distinguido amigo :

Despues de haberme honrado con invitarme á la nunca vista y descomunal batalla «que acabamos de fenecer», elevándome así, aunque aparentemente, á su nivel poético, inaccesible para mí de otra manera, ha querido V. coronar su obra de benevolencia, enviándome su preciosa *morocho*, con el amable encargo de ajustar las paces entre tan belicosos caballeros.

*Embelesado me ha*, amigo mio, su natural elegancia, su sencillez graciosa, y sobre todo, el alma angelical que manifiesta en sus ingenuas y sentidas palabras. ¡Cómo no ha de amar V. *la flor del seibo*, habiéndola recibido, en prenda de cariño, de las manos de tan encantadora criatura! No es esto decir que no conceptúo bella en sí misma la mencionada flor, ántes bien (sin duda por ser ménos quisquilloso en prosa que en verso) acéptola de mil amores, con el mayor deseo de que pase, desde mi frente, donde V. tan galantemente la coloca, á mi corazon, que es el sitio donde sin duda alguna desearia V. que estu-

viese, según se desprende del *retintin* con que me la regala.

Todo bien considerado, la verdad es, que si ponemos de lado las exageraciones en que uno y otro hemos incurrido á veces, impulsados por el ardor de la polémica, por el *brio caballeresco* de que tanto hemos alardeado, y sobre todo, por la forma poética, y por lo mismo apasionada, de que la hemos revestido: nuestras tendencias literarias, si bien distintas en sí mismas, no son en modo alguno incompatibles, ántes mutuamente se atraen y complementan. En efecto, ¿cómo podría V. oponerse, siendo tan artista como es, á que la poesía americana participe de la morbidez, sobriedad y transparencia de las formas griegas (único modo levantado de entender hoy el clasicismo)? ¿Ni cómo pudiera yo hallar malo el que nuestra literatura tome un tinte genuinamente americano, y que en vez de vivir de prestado, brote espontáneamente de nuestra naturaleza, de nuestras ideas, sentimientos y costumbres? En esto más que en cosa alguna quiero que imitemos á los griegos: en ser originales.

En este concepto (debo confesarlo, á fuer de leal contendor), no tiene V. rival entre nosotros. Amando y sintiendo profundamente la naturaleza (y claro está

que ha de ser la americana especialmente, que es la que V. conoce y observa), la traslada V. á sus obras con verdad admirable, y libre de ese círculo convencional, y harto manoseado, á que van á buscarla poetas por otra parte merecedores de la mayor estimación.

De ahí ese sabor americano, ese aroma virginal que pordonde quiera se aspira en sus inspiradas creaciones, y que les dan carácter propio y señalado en el campo de nuestra literatura.

Coincidiendo, pues, como me consta, nuestras ideas, en lo fundamental, es conveniente, puesto que hablando nos hemos entendido (cosa que rara vez sucede), unir los fuegos contra nuestro verdadero enemigo: el *galicultismo*, si vale la palabra. Esa es la peste literaria que amenaza dar al traste con toda idea de legítima hermosura, con toda índole nacional entre nosotros, merced á su hálito liviano y superficial, y por lo mismo temible, pues además de extenderse rápidamente, es de una eficacia insuperable para halagar la indolencia y coronar medianías.

Su morocha le llevará pormenores sobre el particular, en unos pliegos cerrados que tendrá á bien poner en sus manos, debiendo al mismo tiempo, en recipro-

---

cidad del encargo que V. la confió, reducir á polvo ante su vista toda burla ó palabra excesiva que se me haya deslizado respecto de V., ó de su adorado americanismo.

Por lo demas, volviendo á nuestra liza, si ha habido algun cándido capaz de suponer *que no debia parar en versos*, la inocencia le valga, como con gracia tan incisiva dijo V., al verse amenazado con la pez y las calderas del infierno, no por mí, que me limitaba á advertírsele, sino por ciertos espíritus mojigatos y meticulosos, que no sufren ni incidentalmente, sin escandalizarse, una deidad griega; pero que son muy capaces de vaciar en sus escritos un formidable ejército de ondinas, silfos, huríes, trasgos, brujas, y todas las walkirias del Walhalla.

Con el más sincero agradecimiento por su lisonjera misiva, y su honrosa y galante dedicatoria, tengo el gusto de suscribirme su siempre afectísimo y leal amigo

CALISTO OYUELA.

---



## II

Buenos Aires, Marzo 15 de 1893.

*Sr. D. Carlos Guido y Spano.*

QUERIDO MAESTRO Y AMIGO.

Usted y no otro, introdujo en la tierra de la mazamorra, habiéndoselas en descomunal batalla con el Dr. Valderrama, la moda de sacudirse el polvo en gallardos tercetos; y hé aquí que nosotros, llevados de su ejemplo, no hemos querido ser ménos en el arte de descalabrar al adversario.

El motivo de la pendencia está de manifiesto en las epístolas adjuntas, donde, á vueltas de vapuleos un tanto apasionados, déjense traslucir *las causales* de ella, así como los propósitos y tendencias de los combatientes. Pero como ambos, modestamente, nos

hemos atribuido el triunfo, y las paces firmadas en prosa más han sido añagaza para escapar de la arena con los honores de la guerra, que sincero apretón de manos (por cuanto privadamente seguimos dándonos á más y mejor), hemos menester de benévolo y alto intermediario, el cual servirá para ponernos en paz y colocar en su fiel tan mal acondicionada balanza.

Hirtas razones nos asisten para confiar á V., nuestro amado maestro, la última y definitiva palabra del debate; y es una de ellas el haber V. cantado así á la patria *en que la dulce Erina se coronó de mirto*, como á la tierra donde oyó gemir tiernamente á la hija del Lambaré, *rasgado el blanco tipoy*; prendas ambas, que además de las cualidades de su espíritu, nos aseguran la imparcialidad de su fallo.

Ponemos, pues, en sus manos nuestro modesto folleto.

¿Debemos mantener enristrada la lanza, en alto el escudo, baja la visera y pronto el acicate esperando el són de la guerrera trompa, ó asirnos amigablemente del brazo y apartarnos de la sanguinolenta arena?

Maestro: una palabra, y depondremos las armas, ó

---

en busca del adversario hundiremos nuevamente la espuela á nuestros jamas fatigados bridones.

Cruzando las lanzas en honor suyo, y saludándole con los vistosos penachos que el aire agita sobre las bélicas celadas, esperamos inmóviles el fallo.

De V. admiradores y amigos.

CALISTO OYUELA - RAFAEL OBLIGADO.

---

